

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Julio, 2025 • Volumen 101, Número 12

Contenido:

BENDITO SEA EL QUE NOS BENDIJO (Efesios 1:3-4)

MEDITACION | Rev. HERMAN HOEKSEMA | 2

LA COMPLACENCIA Y FEROCIDAD DE NÍNIVE, SEMEJANTE A UN LEÓN (Nahúm 2:11,12) 10ª

LA SENTENCIA DE DIOS SOBRE NÍNIVE (Nahúm 2:13) 10b

ESCUDRIÑAR LAS ESCRITURAS | Rev. RONALD HANKO | 7



El Portaestandarte* JULIO 2025 1



*Bendito sea el que nos bendijo

Herman Hoeksema (1886-1965)

fue el primer editor del *Standard Bearer* (*El Portaestandarte*) y pastor de First PRC, Grand Rapids, Michigan durante 40 años

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él—Efesios 1:3, 4

¡Bendito sea el que nos bendijo!

No podemos pasar por alto que la misma palabra se usa dos veces: ¡Dios nos bendice, nosotros lo bendecimos! Sin embargo, existe una profunda diferencia de significado entre ambos usos de la palabra.

Porque, ante todo, la bendición de Dios hacia nosotros y nuestra bendición hacia Dios no son simplemente actos recíprocos, de modo que la segunda sea una retribución de la primera, una devolución de los favores recibidos, una recompensa por la bendición que Él nos concedió. ¡Dios es Dios! ¡Y nosotros siempre somos criaturas! Dios es el dador; nosotros siempre somos los receptores. Dios es la fuente siempre rebosante de todo bien; nosotros siempre somos los sedientos que bebemos de esa fuente. Esta relación nunca cesa y jamás puede revertirse. Nunca llega el momento en que Él reciba de nosotros algo que no sea verdaderamente suyo. Cuando lo bendecimos, solo expresamos que hemos probado lo bueno que es Él. Nuestra bendición hacia Él es solo la expresión de nuestra conciencia de haber sido bendecidos por Él.

Su bendición, entonces, es primera, siempre primera, ¡eternamente primera! Así como “en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros” (1 Juan 4:10), así también “en esto consiste la bendición”: no en que nosotros lo bendigamos, sino en que él nos bendiga.

Su bendición es la causa eternamente operante de que nosotros lo bendigamos a Él. Porque, en verdad, su bendición, nunca la nuestra, es causal, eficaz, divinamente poderosa y efectiva.

Bendecir es “hablar bien”. Tal es el significado literal de la expresiva palabra que se usa dos veces en el original. Cuando Dios nos bendice, Él habla bien de nosotros, acerca de nosotros, a nosotros y sobre nosotros; cuando nosotros bendecimos a Dios, hablamos bien de él, acerca de él y a él. Pero su Palabra es una palabra de poder. Él habla y se cumple; él ordena y se mantiene firme. Su Palabra crea lo que declara; hace realidad lo que expresa. Pero nuestra palabra solo puede declarar lo que ya es, y lo que se ha convertido en objeto de nuestro conocimiento y experiencia.

Su hablar precede a las cosas; nuestro hablar la sigue. Él habla, y lo que Él habla se hace realidad; nosotros hablamos porque sabemos que las cosas ya existen.

Él “habla bien” de nosotros y a nosotros, y como resultado somos llenos de toda bondad.

¡Hablamos bien de Él, porque gustamos que Él es eternamente bueno!

¡Hablamos porque a través de su palabra, lo conocemos!

¡Bendito sea el que nos bendijo!

¡Así sea, amén!

¡Y cuán ricamente nos bendijo!

¡De qué manera tan maravillosa derramó su bondad sobre nosotros!

¡Cuán plena y completamente nos llenó con sus gloriosos beneficios!

Porque Él nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo!

En Cristo nos bendijo. Esto indica la manera maravillosa en que él manifestó toda su gran bondad y nos hizo receptores de ella. No había otra manera de revelar toda su maravillosa bondad al máximo grado posible. Porque Cristo es el Primogénito de toda creación y el Primogénito de entre los muertos; Él es la imagen del Dios invisible, y fue el beneplácito del Padre que en Él habitara toda la plenitud. Y cuando se nos dice que Él nos bendijo en Cristo, ¡es evidente que bendijo a Cristo primero! Él habla bien de Cristo, a Cristo, principalmente, centralmente, como el jefe de su casa, como el Hijo en quien tiene complacencia, como el siervo obediente, como la cabeza del cuerpo, la iglesia. Él pronuncia su Palabra de bendición en la asombrosa maravilla de la encarnación, en la profundidad de su sufrimiento, en su terrible descenso al infierno, en su estancia en el Seol; Él revela su Palabra de bendición en su gloriosa resurrección, en su bendita exaltación en los cielos más altos, en la inmensa grandeza de su poder y autoridad sobre todo nombre que se nombra. Y concluyó su Palabra de bendición cuando este Cristo glorificado recibió la promesa del Espíritu, para ser el Espíritu vivificante, la cabeza que da vida a su iglesia!

¡En Cristo Dios nos ha bendecido!

Y, por tanto, estas bendiciones con que Él nos ha bendecido son todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales.

Son espirituales porque todas ellas son frutos del Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, y son obradas por Él. También son espirituales porque no son naturales, no cambian la esencia de las cosas, la esencia de nuestro ser ni de nuestra relación con el mundo, sino que, mediante ellas, nuestra naturaleza espiritual-ética se revierte y nuestra relación con Dios se perfecciona. Transforman nuestra oscuridad en luz, nuestro amor a la mentira en amor a la verdad, nuestra necesidad en sabiduría, nuestra ignorancia en el conocimiento de Dios, nuestra culpa en perfecta justicia, nuestra corrupción en santidad, nuestra inquietud en paz, nuestra tristeza en gozo, nuestra muerte en vida eterna. Estas bendiciones no nos alimentan con el pan que perece, sino con el pan de vida; no nos enriquecen con tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corrompen, sino con tesoros incorruptibles en el cielo. Son bendiciones de gracia y misericordia, de justicia y paz, de santidad y amor de Dios, de sabiduría y conocimiento, de mansedumbre y paciencia, de gozo y luz, de justificación en medio del pecado, de victoria en medio de enemigos que parecen abrumadores, de una esperanza bienaventurada en medio de la desesperación, de gozos indecibles en medio del sufrimiento, ¡de vida gloriosa en medio de la muerte devoradora!

¡Bendiciones en Cristo, en los lugares celestiales!

Porque estas bendiciones están en Cristo. De Dios, por medio de Cristo, en el Espíritu, fluyen constantemente hacia nosotros. Y Cristo está en los lugares celestiales y, por lo tanto, él mismo es celestial, exaltado muy por encima del nivel de las relaciones mundanas y terrenales. Y las bendiciones son como su fuente. Están en los lugares celestiales, descienden de ellos; son celestiales. No son simplemente espirituales, a diferencia de lo natural y carnal, sino también celestiales, a diferencia de lo terrenal. No solo restauran, sino

que elevan; no reparan lo roto y dañado, sino que lo elevan a un nivel superior, al nivel de la perfección celestial. Porque, en la medida en que Cristo es superior al primer Adán, las bendiciones celestiales que recibimos de él son superiores a todas las cosas de la tierra.

Y nacer de nuevo es nacer de lo alto, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, en los lugares celestiales; ¡y este renacimiento es sólo el comienzo de lo que se perfeccionará en la resurrección final y en la gloria de la creación celestial!

¡Bendecidos con toda bendición espiritual!

¡En Cristo!

Porque en Él está la plenitud de las bendiciones espirituales. Toda la plenitud de la Deidad habita corporalmente en Él. Ninguna bendición espiritual falta. Ninguna bendición podría añadirse. Más allá de las bendiciones espirituales en Cristo, ninguna bendición es concebible. Ser bendecido en Cristo es ser bendecido plena, completa y perfectamente.

¡Y nos ha bendecido en Él!

Porque Él lo hizo merecedor de la justicia eterna por nosotros, mediante su muerte y resurrección. En Él somos justificados. En Él tenemos la adopción como hijos. En Él somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo. ¡En Él tenemos derecho a la vida eterna y a la herencia eterna!

¡Y Dios nos hace partícipes de estas bendiciones espirituales!

Porque es Él quien nos hace una sola planta con Él, a semejanza de su muerte y resurrección. Es Él, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos da la fe viva, por la cual nos hacemos partícipes de Él y de todos sus beneficios.

¡En el bendito Cristo Él nos ha bendecido!

¡Misericordia abundante!

¡Bendito sea Él!

¡Sí, bendito sea Él solo!

Porque Él es la fuente de todas estas gloriosas bendiciones, ¡y no hay nadie fuera de Él! ¡Solo Él es el Autor de esta gran salvación! ¡A Él, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, sea la gloria y la acción de gracias por siempre!

Al Dios Trino, bendito por siempre, ¡sea toda la alabanza!

¡Él es el Padre y Dios de nuestro Señor Jesucristo!

En efecto, esta relación de nuestro Señor Jesucristo con el Dios Trino tiene su causa más profunda y eterna en la Santísima Trinidad. Porque la Primera Persona de la familia divina es el Padre de la Segunda. Y el Hijo, Dios de Dios, coigual con el Padre y con el Espíritu, es la imagen misma del Padre.

Pero Él lo es en la naturaleza divina.

Nunca podría decirse que la Primera Persona de la Trinidad es el Dios de la Segunda Persona. Sin embargo, nuestro texto expresa así la relación entre Cristo y el Padre. Porque, a pesar de que algunos relacionarían las palabras “nuestro Señor Jesucristo” solo con “Padre”, de modo que se leería “el Dios que también es el Padre de nuestro Señor Jesucristo”, sostenemos que este no es el significado, y que el texto declara que el Padre también es el Dios de Cristo, nuestro Señor. Además, esto se expresa más de una vez en las Escrituras. Cristo Jesús, nuestro Señor, por lo tanto, no es solo el Hijo eterno, esencialmente divino, en relación con la Primera Persona de la Santísima Trinidad; Él es también el Santo Niño Jesús y el Siervo del Señor, y el Dios Trino es su Dios y Padre.

Él es esto en su naturaleza humana.

¡El Dios Trino es el Dios y Padre del Hijo en la naturaleza humana!

Él es quien ordenó a Cristo para ser la cabeza de su iglesia y la cabeza sobre todas

las cosas. Lo ordenó para ser el Primogénito de toda creación y el Primogénito de entre los muertos. Su beneplácito fue que en él habitara toda la plenitud. Y Dios lo hizo y lo perfeccionó como el capitán de nuestra salvación, en la encarnación, mediante su sufrimiento y muerte, en el camino de su resurrección y exaltación a la diestra de Dios en los lugares celestiales, y cumpliendo para Él la promesa del Espíritu.

¡Bendito sea Él, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

¡Él es quien nos ha bendecido en Cristo!

¡Y lo hizo libremente, soberanamente, conforme a su beneplácito!

¡Así como nos escogió en Él antes de la fundación del mundo!

¡Él nos eligió eternamente! La elección de Dios de su iglesia no se produce en el tiempo, no pertenece al tiempo, no está determinada ni limitada por el tiempo, sino que es un acto eterno del Dios eterno. Que nos haya elegido “antes de la fundación del mundo” no se refiere a un momento anterior a la creación, como si el Eterno hubiera estado alguna vez sin este acto divino de elección. En la eternidad no hay tiempo. Para un acto eterno no hay momentos. “Antes de la fundación del mundo”, por lo tanto, solo puede expresar una relación lógica en la mente misma de Dios, una relación de orden entre la elección y la creación del mundo. La elección es primero, la fundación del mundo le sigue; la iglesia es el fin, el mundo es el medio. Así como Cristo es primero, el Primogénito de toda criatura, y todas las cosas fueron hechas por medio de Él y para Él, primero incluso en relación con la iglesia, de modo que esta existe por causa de Cristo; así también la iglesia es primera en relación con la “fundación del mundo”, y todas las cosas existen por causa de ella y están adaptadas a su realización y perfección.

¡Él nos ha escogido eternamente, antes de la fundación del mundo!

Y así como esta elección es un acto eterno, también es estrictamente soberana.

La elección de Dios nunca es una selección de los mejores. Así, de hecho, quienes no comprenden completamente la verdad de que Dios es DIOS lo explicarían de otra manera. Dios escogió a los mejores según su presciencia. Escogió a quienes previó como creyentes, obedientes al evangelio y perseverantes hasta el fin. Pero la elección de Dios es incluso anterior a la fundación del mundo, ¡y todas las cosas están adaptadas a ella! Es causal. Ordena a los elegidos. Que sean elegidos se debe únicamente a un acto de su voluntad soberana, y de ninguna manera a alguna bondad o acto previsto o conocido de antemano.

¡Y Dios nos escogió en Él, en Cristo Jesús, nuestro Señor!

Él ordenó a Cristo como el principal entre los hermanos, como Cabeza de la iglesia, para que en Él habitara y se revelara toda la plenitud del Dios invisible. Y en ese Cristo, en su esfera, Él eligió a su Iglesia, a todo su pueblo, entregándolos a Cristo, dando a cada uno de ellos su propio lugar en Cristo, para que todos ellos pudieran mostrar la plenitud de las gloriosas virtudes de la Deidad tal como están en Cristo, ¡para que Dios sea todo en todos!

¡Él los predestinó para que fueran hechos conforme a la imagen de su Hijo, cada uno a su manera y según su propia posición “en Él”, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos!

¡Y así como Él nos escogió en Él, así también nos bendice en Él!

¡Nunca sin Cristo!

En Él estamos jurídicamente. Y Él es entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación. Y por la fe sabemos que estamos en Él, y somos justificados y tenemos paz para con Dios.

¡Así como Él nos escogió!

En Él estamos orgánicamente. Y Él vive y mora en nosotros, y somos liberados y glorificados, renacidos para una esperanza viva.

Así como Él nos ha escogido, ¡así también nos ha bendecido!

¡En Él! ¡Libremente, eternamente y soberanamente!

¡Bendito sea Él!

¡Él nos ha bendecido!

¡Bendigámosle ahora, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

¡Porque tal es su propósito!

Él ha creado todas las cosas por amor a su nombre: Cristo, la iglesia, el mundo, ¡todas las cosas! En realidad, todas las cosas son suyas; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios!

¡Él nos ha bendecido para que podamos bendecirlo!

De hecho, no es como si nuestra bendición hacia Él pudiera ser como la suya. Él es Dios. Nosotros somos criaturas. Él es la Fuente. Nosotros bebemos de Él. Y no como si pudiéramos recompensarlo de alguna manera por las gloriosas bendiciones que nos ha otorgado con amor eterno y soberano. ¡La sola idea de que podamos recompensar al Todopoderoso es una blasfemia! ¿Qué debo pagarle al Señor por todos sus beneficios que me ha concedido? ¡Nada!

¡Pero yo puedo tomar la copa de la salvación de la cual bebo, y por la cual pruebo que Él es el Bendito!

¡Y llamar a su nombre!

¡Y decid que Él es bueno!

¡Él Bendito por siempre!

* Reimpresión de la meditación publicada en julio de 1940. SB (vol. 16, no. 19). También publicado en *'All Glory to the Only Good God' (Toda la gloria al único Dios bueno)*, por David J. Engelsma, ed. (Jenison: RFP, 2013), 266-72.